

CUANDO TROPAS

Ganaron INDOCHINA

INDOCHINA es ahora un motivo de actualidad y de inquietud mundial. También lo era hace un siglo aproximadamente, pero por hechos muy distintos. Ahora, Indochina se está preparando para la causa occidental. Y hace un siglo se estaba ganando justamente. Fué aquél un suceso importante y glorioso. Y en él los españoles tuvieron una intervención decisiva. Las cosas ocurrieron así:

En 1857 España era todavía un Imperio en cuyas tierras no se ponía el sol, que lucía esplendoroso en Manila cuando en Madrid se encendían los faroles de gas. Teníamos, en el trópico Oriente, inmenso territorios insulares: Filipinas, Carolinas, Marianas, y otras islas menores. Manila era, desde hacía siglos, la avanzada cristiana y occidental en aquellos remotos linderos del mundo. Y Manila irradiaba su influencia civilizadora sobre todas las naciones vecinas. Los misioneros españoles llevaban su heroico apostolado a las tierras del continente asiático, siguiendo las huellas de Javier y de los primeros evangelizadores. Muchas veces el martirio coronaba sus sublimes empeños. Y en 1857 un obispo español, fray José María Díaz, vicario apostólico de Tonkin, fué bárbaramente inmolado durante una persecución anticristiana y antieuropea desencadenada por los annamitas. Más de diez mil cristianos, blancos y asiáticos, fueron asesinados por orden del príncipe de Hue, cruel señor de las costas occidentales de Indochina. Y como España tenía allí intereses espirituales y materiales que defender, se dispuso a intervenir. Pero también los franceses habían sufrido ataques y daños y por ello el Gobierno de Madrid creyó de cortesía y conveniencia ponerse al habla con el de París. Reinaba en España doña Isabel II y eran Emperadores de los franceses Napoleón III y la española Eugenia de Montijo.

La comunidad de intereses y las buenas relaciones entre ambos Gabinetes hizo que las negociaciones fueran rápidas y llegasen a buen término. El ministro francés, conde de Walewski (primo del Emperador, por ser hijo bastardo de Napoleón el Grande), propuso que los españoles facilitasen un contingente de tropas y de barcos para operar conjuntamente con la Escuadra

francesa de Oriente que mandaba el almirante Rigault de Genouilly. España aceptó y se cursaron órdenes a Manila.

El capitán general de Filipinas organizó rápidamente las fuerzas de desembarco. Tropas magníficas de peninsulares y tagalos perfectamente aclimatadas y preparadas para una campaña en aquellos territorios. La primera columna que se formó contaba con 1.650 hombres, Artillería y parque de Ingenieros al mando del coronel don Bernardo Ruiz de Llanzarote, y fué transportada a Indochina en los buques de guerra "Elcano" y "Reina de Castilla".

Las operaciones militares tuvieron pronto buen éxito. Primero se desembarcó en la habia de Turana, cerca de Hue; precisamente el escenario de las matanzas de cristianos. Hue y Turana

fueron bombardeadas y tomadas a punta de bayoneta. Viejos grabados isabelinos nos lo recuerdan con nostalgia agriada. Los españoles, que constituían el principal contingente de tierra, figuraron en la vanguardia y las eternas virtudes castrenses de la raza tuvieron una ocasión más para probar su reciedumbre y espíritu de sacrificio. Entre los héroes descolló con épicas resonancias el nombre del oficial español don Agustín Llacayo, a quien el Gobierno francés premió con la Legión de Honor, y el español, con la Cruz Laureada de San Fernando. Llacayo, militar valeroso y perito, era también hombre de letras y más tarde publicó un breve libro de gran interés histórico, titulado "Conchinchina y el Tonkín. España y Francia en el reino de Annam". Otro héroe, cantado en coplas y grabados franceses, fué el capitán don Ignacio Fernández, que tomó al arma blanca la Gran Pagoda de Saigón.



Tipos militares hispanofilipinos que participaron en la gloriosa campaña de Indochina. Soldado peninsular del ejército filipino (traje de rayadillo), sargento de Infantería y soldado tagalo del regimiento de Infantería núm. 5, cuyas fuerzas participaron con gran heroísmo en el asalto de Saigón.—

HISPANO-FILIPINAS

para los FRANCESES

("Le capitaine Fernández se précipita à l'arme blanche sur l'ennemi et dégagée la face ou il se trouvait. Dans une sortie bien dirigée deux officiers espagnols archevement de repouser les assaillants", dice un popular folleto francés que no regatea, ante sus compatriotas, las glorias españolas de los que estaban dando a Francia un gran Imperio).

Una vez dominada la costa de Annam se impuso el criterio francés de proseguir las operaciones en la Cochinchina, propiamente dicha, al Sur. Y escuadras y tropas bajaron al delta del Me-Kong (ese delta del que hoy se habla todos los días en los periódicos). Allí repitieron las hazañas. Los españoles, también en vanguardia, desembarcaron, arrollaron a los guerreros bárbaros y ocuparon Saigón. Poco después todo el terreno del delta estaba dominado y también la isla Cónдор a unos cien kilómetros de la costa.

La campaña comenzó el 31 de agosto de 1857 y terminó, prácticamente, a fines de 1860. Durante ese período, los 1,656 hombres tuvieron que ser reforzados y cubiertas las bajas numerosas.

De la península se enviaron también, directamente, varias unidades, y de España fué de comandante en jefe de los expedicionarios el coronel de Ingenieros don Carlos Palanca, oficial distinguidísimo, a quien Lyautey, que figuró en aquellos sucesos, reconoció muchos años después como su iniciador y maestro en política militar colonial. Durante todo ese tiempo, los españoles tuvieron una mayoría de tropas en relación con los franceses, que también se batieron con el arrojo peculiar de los soldados de la vieja Francia. Las conquistas y el botín obtenido alcanzaron un volumen muy considerable. Solamente en Saigón, después de haber batido a diez mil guerreros annamitas, se tomaron al enemigo 20.000 fusiles, tres barcos armados, cerca de 100 toneladas de pólvora, caudales en metálico por valor de 25.000 pesos oro y enormes cantidades de viveres, principalmente arroz.

Hubo durante la campaña algunos roces de opinión entre los mandos franceses y español. Los nuestros eran partidarios de actuar en el Norte, y los franceses en el Sur. Al fin, éstos impusieron su criterio. Los españoles que-

rían atacar en la parte más fuerte del enemigo y aislario de China. Un siglo después, los acontecimientos han demostrado la certera visión del Estado Mayor español.

Los españoles, después de varios forcejeos e incidencias con el Gobierno de Napoleón III, no sacamos de la conquista más que pequeñas indemnizaciones materiales y algunas ventajas de comercio, que pronto se abandonaron. Total, nada. Puede decirse que nos batimos por la pura gloria militar y por dar castigo a los bárbaros que habían inmolado a nuestros compatriotas e insultado nuestra cruz y nuestra bandera. Los franceses, en cambio, se quedaron su inmenso Imperio de Indochina. Y en 1898, cuando a su vez nosotros necesitamos en aquellos parajes ayuda para una causa justísima y europea, sólo nos respondieron con buenas palabras.

Ha transcurrido casi un siglo. Ahora Indochina se le va a Francia de las

manos. Los hombres amarillos, dueños ya en gran parte de la técnica industrial y guerra de Occidente, no toleran la hegemonía de los hombres blancos: Indochina arde en rebeldía y las persecuciones y matanzas de misiones y europeos se renuevan, pero en vez de realizarse bajo el siglo de los viejos dioses y las bárbaras tradiciones, se invocan motivos y razones de la polémica comunista. La hoz y el martillo han sucedido al ídolo impávido de enorme vientre y ojos oblicuos. Los comisarios políticos, a los bonzos y los mandarines. Es un mundo que despierta, alzado en armas e iracundias. Y los franceses retroceden, pierden tierras y ciudades y confesaron su impotencia, ¡Qué lejanos, Dios mío, aquellos días en que unos alegres batallones españoles, vestidos de blanco y azul tomaban por asalto las fortalezas de Hue, de Turana y de Saigón para regalarle a Francia un gran Imperio!

J. E. CASARIEGO

DISTINCION

**Distinción: la palabra que define el valor
De las cosas preciadas; y entre éstas, una sola
Escogemos cual muestra, predilecta de amor;
La apetecida y fresca bebida COCA-COLA.**

**Distinta entre las muchas refrescantes hoy día
Que carecen de gusto, tan suyo peculiar,
Que calma la fatiga, anima y dá energía,
Matando nuestra sed que agrada al paladar.**

**Por años ganó fama a pesar de pesares
Y ganado clientelas en estos patrios lares;
Esa ejemplar bebida que la plaza la asola**

**Con prestigio ganado en la ruda contienda,
Dejando desairadas las otras en la tienda...
Porque siempre prefieren la única COCA-COLA.**

Juan D'LUX